

derna haya podido repudiar tan noble origen. Hasta principios del siglo XVII, no se ponía seriamente en duda, aun entre nosotros, la mision de San Dionisio. El *Mar. tirologio galicano* publicado por el sabio Du Saussaye y la iglesia de San Luis de los Franceses en Roma, son de ello un doble monumento; ¡no se encontrará hoy un crítico, digno de este nombre, que revise este proceso?

14 DE ENERO.

El abate Palotta.—El padre Bernardo.—El padre Ventura.—Predicacion italiana.

Monseñor de B., protonotario apostólico, celebraba en su capilla privada, con permiso del Santo Padre, la fiesta patronal de San Luis, y me suplicó que fuese yo á decir la misa allí. Fué tanto mayor mi reconocimiento por aquella amable invitacion, cuanto que debia procurarme la ventaja de ver á uno de los santos de Roma, al reverendo padre Bernardo, religioso mínimo. El y el abate Palotta están acusados altamente de hacer milagros. El hecho es que gozan en Roma de aquella veneracion religiosa que está afecta á la santidad, como la sombra al cuerpo; y todo conduce á creer que en este caso la voz del pueblo es la voz de Dios. El abate Palotta es un sacerdote secular. Napolitano de origen, amigo y compañero del venerable canónigo de Buffalo, fundador de la *Congregacion de la preciosa sangre*; y de él heredó su talento y su celo. Su vida se pasa en toda clase de obras. Voy á citar en particular el *Apostolado católico*, vasta concepcion del génio de la fe, en la cual vienen á concentrarse todos los pensamientos particulares, todas las obras aisladas que tienden á la gloria de Dios y al bien espiritual de los hombres. Para hacer conocer esta obra, representándola con

su carácter de universalidad, se predica, durante la octava de la Epifanía y en todas lenguas, en San Andrés *della Valle*, y se celebra allí misa en todos ritos. El abate Palotta es llamado continuamente cerca de los enfermos; si hay una mision difícil, parece que es de su resorte; ¡tan grande así es la confianza que inspiran sus virtudes! Trae siempre consigo una imagen de la Virgen Santa, colocada en un gran relicario, y en lugar de los *buenos dias* ó del *hasta la vista* mundano, su saludo es presentaros á María á vuestra veneracion. Este hombre extraordinario es pequeño de estatura, delgado y un poco encorvado. Sus cabellos ya encaneciendo; su tez pálida; sus grandes ojos azules como el cielo de Roma; su mirada dulce y penetrante; su rostro ovalado de gran pureza; la amenidad de sus maneras, el aire de melancolía y de candor difundido en toda su persona, pero sobre todo su fe que de nada duda, os inspiran no sé qué sentimiento de confianza filial y de respeto religioso que no podeis impedir. El abate Palotta habla poco, y su continente, siempre compuesto, da idea de un verdadero *místico*, en el buen sentido de esta palabra.

Otro es el *padre Bernardo*, porque la gracia se modifica segun los caracteres y los temperamentos. El padre Bernardo, calabrés de nacimiento, soldado ántes de ser religioso, tiene modales más decididos que el abate Palotta. Su estatura es alta, su andar vivo y expedito, su fisonomía móvil, cabellos negros como azabache, una tez morena, ojos negros y pequeños que brillan como dos antorchas en sus órbitas profundas, labios delgados y pómulos salientes, que caracterizan en él el tipo meridional. Amable, alegre, sencillo, un poco descuidado, atrae hácia él, por la franqueza de sus maneras, la espiritual vivacidad de su palabra y ese inexplicable sello de santidad impreso en toda su perso-

na, que no deja él mismo de conocerlo. Cuando sale, todo el mundo le detiene en las calles para besarle la mano y encomendarse á sus oraciones. Esto le sucede todos los dias; porque por mañana y tarde, y por tarde y mañana, es llamado cerca de los enfermos, de los afligidos y de los pecadores. Todas las clases se lo disputan, y él se entrega todo á todos. Pero su salud no le basta, y aunque jóven, está ya encorvado, no tanto por el peso de sus cuarenta y cinco años, sino por las austeridades y las fatigas. Para aliviarle, hace algun tiempo que le enviaron sus superiores á Calabria. Apénas supo el pueblo de Roma la salida del *santo*, cuando acudió en masa al convento de los Mínimos, y reclamó con lágrimas á su consolador y á su amigo. Esta súplica llegó hasta el soberano Pontífice, quien llamó al padre Bernardo, y mucho tiempo hizo el pueblo guardia, durante la noche, al rededor del monasterio, para impedir que se lo arrebatasen otra vez.

Tuvimos la felicidad de asistir á su misa, celebrada en la capilla de Monseñor de B. . . ; la dijo, como santo que es, con mucho recogimiento y sencillez. Solo permaneció veinte minutos en el altar, y no fué largo más que en el Ofertorio, en el *Memento*, en la Consagracion y en la Comunión. Todo lo demas lo pasó violentamente; se veia que trataba con Nuestro Señor como con un amigo. Tuvo la bondad de darnos á cada uno un recuerdo, y de hablarnos de la Francia, cuya situacion moral conoce muy bien. La reputacion de hombre de Dios, de que goza el padre Bernardo, es de tal modo real, que en los negocios difíciles el soberano Pontífice recurre con frecuencia á sus luces.

Véase cómo Roma es un gran relicario no solo de santos muertos, sino tambien de santos vivos; me parece que debe ser

así. ¿Acaso la nota de santidad no debe ser permanente y sensible en la Iglesia, como la de catolicidad? ¿No es acaso en el corazon mismo de la celeste esposa del Hombre-Dios, donde este carácter debe brillar con un brillo más constante y más vivo? Además, la permanencia del milagro hace que la santidad de la Iglesia llegue á ser, sobre todo, incontestable. Pues bien, los santos muertos, cuyas reliquias llenan las catacumbas de Roma, ó descansan bajo los altares, como el cuerpo del bienaventurado Crispino y del bienaventurado Leonardo de Puerto-Mauricio, prueban que era santa en los siglos pasados; y los santos vivos demuestran que no ha dejado de serlo.

He dicho que el abate Palotta dirigia el Apostolado católico, y con objeto de contemplar esta grande obra en accion, nos trasladamos á San Andrés *della Valle*. Durante el dia habian tenido lugar muchos sermones en diferentes lenguas; el de por la tarde fué predicado por el célebre padre Ventura, cuyo púlpito estaba rodeado de una inmensa concurrencia. Apénas bastaban á la multitud la iglesia y las capillas laterales. Apareció el padre en el *palco*, especie de estrado levantado 6 piés sobre el auditorio; es bastante amplio para colocar en él una mesa y un sillón, y bastante largo para que el predicador pueda pasearse. Por lo demas, no está rodeado ni con rejas ni con balaustados; solo alfombras más ó menos ricas lo cubren, cayendo hasta el suelo. El predicador no tenia más traje, que su vestido de teatino. Despues del exordio, se puso el gran orador en movimiento, y yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, distribuia la palabra santa á todas las partes de la numerosa asistencia. Gracias á esta libertad, habia en su accion y en su gesto una naturalidad y una dignidad, que es imposible expresar en es-

pecie de toneles en que el arte moderno aprisiona al predicador cisalpino.

No he visto recojimiento más perfecto. Es cierto que la materia misma inspiraba, sobre todo en Roma, un interés poderoso: *María reina de los Apóstoles*, tal fué el tema del orador. Y no sé qué debía admirarse más: si la noble sencillez ó la prodigiosa erudición con que fué tratada esta materia. Como hombre superior que es el padre Ventura, al hablar á un auditorio compuesto en parte de gentes del pueblo, supo, por la claridad evangélica de su alocución, ponerse al nivel de los espíritus más sencillos; y al mismo tiempo su profunda ciencia atraía el asentimiento de la razón más elevada. Nos demostró que María merecía su título glorioso, no solo porque fué la madre del Rey de los Apóstoles, sino también porque había sido el primer apóstol de su Hijo. En el pesebre le hizo conocer de los Magos; en el cenáculo ella presidía á la difusión de la Iglesia, después de haber presidido á su nacimiento en la gruta de Bethleem. Ella fué la que reveló á los Apóstoles los misterios de la santa Infancia; ella la que obtuvo el perdón para San Pedro, para los Apóstoles la fidelidad, y para San Estéban el valor del mártirio; ella, la que puso fin á la controversia entre San Pedro y San Pablo. A ella edificó Pedro una iglesia en Palestina, Pablo en España, Tomás en la India, Andrés en Acáhia. Al oír cada una de aquellas proposiciones, la mayor parte tan nuevas para mí, me decía yo interiormente: ¡Cómo va á probarlo el padre! Mas hé ahí, ¡cosa admirable! que á continuación de cada aserción venían en clase de prueba uno ó muchos textos de los Padres de la Iglesia. Este sermón produjo una impresión profunda y dió una alta idea, así de la elocuencia, como de la ciencia del predicador. Al acabar se detuvo el padre, todo el auditorio se puso de ro-

dillas y se rezaron en voz alta tres *Ave María*, á fin de que la gracia viniese como un bienhechor rocío á fecundar la semilla sagrada depositada en las almas; esto me pareció tierno y muy lógico. Durante este momento de descanso, los miembros de una cofradía hicieron la colecta. Cubiertos con grandes sacos de burato negro, que les ocultaba hasta el rostro, recorrían todas las naves de la iglesia. Para no molestar á la concurrencia pasando entre la gente, llevaban consigo unas largas varillas, en cuyas extremidades estaba suspendido un saco; hacían llegar éste delante de cada uno de los oyentes, el cual podía sin esfuerzo alguno depositar en él su ofrenda; por último, una bendición con el Santísimo Sacramento coronó el sermón.

Debo decir que la predicación italiana difiere notablemente de la nuestra. En Roma particularmente, las materias de moral tienen la preferencia; allí no se soportan nuestros sermones filosóficos. Una materia práctica apropiada á las necesidades del auditorio, los testimonios de la Escritura, de los Padres, de los Concilios, con algun rasgo histórico; hé ahí el fondo de la predicación. En cuanto á la forma, es sencilla, el estilo es ménos estudiado que entre nosotros, el patético mucho más frecuente, sobre todo el diálogo con el oyente ó con el crucifijo invariablemente fijo en la cátedra, cuando el predicador no le tiene en la mano. A las materias de moral, se une la hermenéutica ó explicación histórica, dogmática y moral de la Santa Escritura. Más tarde hablaré de esto.

15 DE ENERO.

Iglesia de Belisario.—Santa María *in Fornica*.—Hoguera imperial.—Descripción.—Funerales de Augusto, su mausoleo.—Pormenores sobre la camisa de amianto.

Nos quedaba por visitar la parte del Campo de Marte que está inmediata al mausoleo de Augusto. En vez de dirigirnos á la plaza de España, tomamos la dirección de la fuente de *Trevi*, y pasando por la Rotonda, llegamos al centro de Roma, al nuevo teatro de nuestras investigaciones. La razón de este rodeo era el deseo de visitar la pequeña iglesia de Santa María *in Fornica*, edificada cerca de la fuente *Trevi*; su nombre le viene de los arcos *fornices* que sostenían el antiguo acueducto del agua virginal. Los adornos que la decoran nada tienen de notable; pero su origen excita vivamente la curiosidad del viajero. Belisario, obedeciendo ciegamente á las órdenes sacrílegas de la emperatriz, había osado deponer al papa Pelagio. Pero este ilustre guerrero no vivió largo tiempo sin reconocer su falta; se humilló, se arrepintió de ella, y para perpetuar la memoria de su arrepentimiento, mandó levantar esta Iglesia que habíamos ido á visitar. En la parte exterior de la pared lateral, se ve una tabla de mármol. Hé aquí esa inscripción tan groseramente esculpida:

Hanc vir patricius Vilsarius urbis amicus
Ob culpæ veniam condidit Ecclesiam.
Hanc ideirco pedem qui sacram ponis in ædem,
Ut miseretur cum sæpe precare Deum:
Janua adest templi Domino defensa potenti.

«El patricio Belisario, amigo de Roma, edificó esta Iglesia en reparación de su falta. Por tanto, los que entreis á este santuario, rogad frecuentemente á Dios que tenga piedad de él; hé aquí la puerta

del templo defendida por un señor poderoso.» El peregrino que entra á la iglesia monumental, ruega de buena gana por Belisario, y llora vivamente aquellas edades de fe en que la debilidad humana sabía rescatar sus faltas con una brillante expiación.

Llegamos á la calle *della Scrofa*, inmediata á la iglesia de San Agustín, y nos vimos en el lugar mismo en donde se levantaba en otro tiempo el *bustum* imperial; aquí venía á acabar la gloria de los señores del mundo. Antes de esperar los estragos de la tumba, sus cuerpos eran reducidos á cenizas. La hoguera que se levantó para quemar el cuerpo de Augusto, llegó á ser permanente y sirvió para consumir á sus sucesores. ¡Qué de graves pensamientos surgen en aquel lugar, testigo tantas veces de la vanidad de las grandezas más admirables á que puede el hombre llegar! El monumento fatal que sirvió para reducir á polvo á tantos Césares divinizados, pereció como ellos y solo quedan de él el lugar y el recuerdo, pero con la historia en la mano es posible reconstruirlo y estudiarlo.

Representaos un templo cuadrangular formado de una enorme pila de madera, cuyo interior está lleno de materias combustibles, y el exterior cubierto con tapiernas bordadas de oro, y adornado con pinturas y estatuas. Este templo se compone de cuatro pisos, disminuyendo el uno sobre el otro, de manera que el segundo es más pequeño que el primero, el tercero que el segundo y así sucesivamente. Cuando murió Augusto, se le expuso durante siete días en el vestíbulo del *palatium*. En un lecho vasto y elevado, adornado de oro, de marfil y de cojines de púrpura bordados de oro, se veía una estatua de cera parecida al emperador. ¡Ay! el señor del mundo no era ya más que un cadáver, y para quitarlo de la vista, se había reserva-